

Tres fases hemos querido destacar en este volumen de Luis Fernando Alvarez: transparencia, sueño, ritmo. La primera y la última alimentando todo el volumen. La segunda, en no escasos poemas, tal vez, en los más conseguidos. Tres fases o tres ingredientes haciendo el conjunto, su unidad tan decorosa y sobresaliente. Y la emoción, depurada de manera feliz, envolviendo a esta en su clima de médula de estricta lírica.—

ARTURO TRONCOSO.



LA REVOLUCIÓN FRANCESA, por *Albert Matthiez*. Empresa Letras, Santiago de Chile.

Leyendo los tres sólidos volúmenes de esta obra, que ahora aparecen en un solo tomo, hay motivos para confirmar una antigua observación, respecto a que la historia está en lo externo pintada en torno a unas cuantas figuras humanas excepcionales, así como en lo íntimo, estas mismas figuras no hacen más que desprenderse de una masa de acontecimientos y de causas que hacen de ellos sus nervios motores, ya que no su esencia vital. La revolución española ilustra este aspecto del pueblo como fuente de energía revolucionaria. En este caso puede decirse que el tumulto de la Gran Revolución se plasma en una figura central, que es la de Maximiliano Robespierre. En suma, la necesidad del devenir histórico concita a sus hombres, haciendo de ellos héroes o tiranos de acuerdo con las exigencias del momento. No es ésta precisamente la conclusión de Carlyle; pero sí es la de Matthiez, confirmada, ayer no más, podríamos decir, por la segunda Gran Revolución, la de Rusia.

«Cuando los ricos se hacen demasiados ricos y los pobres demasiado pobres, la sociedad sufre una de esas convulsiones que llamamos Revolución, y que tienden a restablecer un equilibrio inestable». Esta sería más o menos la conclusión que nos deja la lectura de la monumental obra de Matthiez. ¿Una nueva

historia de la Revolución Francesa? ¡Pero si las hay a centenares, acaso a millares! Sin embargo, cada generación puede arrancar nuevas enseñanzas de un fenómeno que estuvo a punto de echar por un cauce nuevo la historia universal, y que abortada y todo, alteró el ritmo de la vida moderna y trajo consigo ese otro fenómeno histórico: Napoleón. La forma en que Matthiez retrata a los convencionales hace harto interesante la suposición de un nuevo estudio de su pluma, esta vez sobre Bonaparte.

Napoleón se aprovecha del prestigio liberal de la Revolución Francesa en Europa y en todo el mundo, porque, pese a Taine y a los demás, hallamos en Robespierre y aun en algunos de los más sanguinarios cabecillas, veleidosos y prevaricadores, una inspiración patriótica y humanitaria a menudo heroica. Matthiez los presenta a unos y otros al desnudo, y de acuerdo con una frase que él toma del gran Maximiliano, a propósito de la relación de las hazañas de las tropas republicanas, «contados sin lenguaje bombástico, resultan más impresionantes».

La Revolución sólo podía venir desde arriba. Mucho antes de traducirse en sucesos, ya estaba hecha en los espíritus, y entre sus autores responsables hay que incluir a muchos que serían sus primeras víctimas. Matthiez niega la teoría de Taine, de que la Revolución tuviera por causa la carestía, la miseria popular. Por el contrario, el país está floreciente cuando sobreviene el 89. La miseria puede producir revueltas, pero las grandes conmociones sociales provienen del gran desnivel de clases. La fe religiosa se ha perdido. Los prelados se hubiesen ofendido de que se les tomara por místicos. Un ideal utilitario abraza todas las conciencias. Falta la cohesión. La pequeña nobleza no es asimilada por la otra, y los Estados Generales, convocados por Luis XVI, carecen de eficacia, pues el parlamento puede poco cuando le falta la fuerza popular. Es ley de la democracia no poder funcionar sino cuando es libremente aceptada. Por eso más tarde, Marat, verdadero cerebro político, comprendió que había que organizar el poder revolucionario como una

dictadura, a fin de oponer al despotismo de los reyes el despotismo de la libertad. ¿Hasta qué punto nos recuerdan estas dos figuras de Marat y Robespierre, y esos aforismos de Matthiez, a los jefes de la revolución bolchevique?

Toda crisis política se desdobra en una crisis económica y social. Después de dar al traste con los privilegios de nacimiento, iba a tocarle su turno a las prerrogativas de la riqueza. El ideal de la Francia revolucionaria no es todavía el comunismo; Robespierre y St. Just caen justamente en el instante en que piden la formación de la pequeña propiedad, formada con los despojos de los grandes propietarios. Pero la burguesía escamotea el triunfo del descamisado, y en nombre del peligro extranjero y de los nuevos ricos que han salido de la compra de bienes nacionales y de la proveeduría del ejército, se consolida una nueva categoría de privilegiados, semejante a los grandes duques stalinistas de la Rusia actual. La revolución no ha debido, pues, detenerse.

El poder de la corte de Versalles pasa a los Estados Generales, de éstos a la Convención, y de aquí a la Junta de Salvación Pública, tal como el poder de los zemtvos rusos se centraliza en el Soviet de Petrogrado y por último en la jerarquía revolucionaria de Moscú. Por algo apenas menos misterioso que un milagro, esos poderes trepidantes, esas asambleas afiebradas a la vista de la guillotina, defienden las fronteras de la patria, acosada de todos lados, y hasta las ensanchan victoriosamente; alimentan a la población, estudian leyes, cuyo espíritu ha de sobrevivir a la misma influencia napoleónica, y hallan recursos para financiar una inmensa obra civil y militar. Entretanto, en la Convención primero, los girondinos y la Montaña se vigilan y combaten; luego los jacobinos se sobreponen a aquéllos; interviene la obra de zapa de los aristócratas «emboscados», de los espías extranjeros; las rivalidades en el gobierno y en el ejército. Pero las rivalidades en el lado enemigo no son menores, y la República se va salvando precariamente cada día. Y cuan-

do en Valmy vencen las armas de los descamisados, el mundo y los propios franceses comprenden que un poder nuevo, el del pueblo, aparece en la historia.

Igual que en Rusia, hallamos en la Francia de la Convención, primero un ideal de fraternidad universal, luego una restricción impuesta por la necesidad, a la salvación del país solamente. Y en ese tumulto de cinco años de lucha, de destrucción y de creación, Matthiez traza una ruta recta y clara hasta su desenlace en 9 de Termidor, precursor del 18 Brumario. Y de ese tumulto resalta con un eco fiero esta frase de Robespierre: «La virtud está siempre en minoría en el mundo. La victoria decidirá si sois rebeldes o bienhechores de la Humanidad, y será la fuerza de vuestro carácter lo que decida la victoria».—E. MONTENEGRO.



ISLAS DE MÚSICA (Ilustraciones de Amanda Rossel), por *Luis Merino Reyes*.

Pedir que el primer libro de un poeta joven tenga las características de una obra madurada es, evidentemente, una inconciencia sin perdón. Debe bastarnos que asome en él un temperamento y que, a pesar de sus vacilaciones, muestre cierto dominio de la forma y un concepto más o menos definido de la belleza.

Merino Reyes con «Islas de música» (1) da una promesa segura, y deja ver sus innegables atributos líricos. Verso fácil y armonioso, sencillez de expresión e imágenes sin rebuscamiento.

Eres tanto más bella que un grito sobre un mástil
y has colmado mi vida con rapidez de niebla;
porque no te contienen los versos sensitivos
he forjado en tu busca mi lenguaje de piedra.

(1) Imprenta Nascimento.—Santiago. 1936.